

*ParacetaColl contra el sinsentido:
homenaje a un ilustre collquense*



ANTONIO REDONDO GARCÍA

pp. 325-334

*Revista Paideia 118 (2023),
ISSN: 0214-7300*

RESUMEN

Quizá pueda resultar paradójico establecer una estrecha relación entre dos conceptos aparentemente irreconciliables como son los de «filosofía» y «humor». Mientras que el discurso filosófico parece llevar necesariamente aparejado un halo de sobriedad en la transmisión de sus ideas, el humorístico denota una atmósfera de jocosidad que en principio parece hacerlo poco propicio para la exposición de argumentos y teorías graves. Teniendo esto en cuenta, mi pretensión con la presente comunicación será atender a una parte de la obra literaria del insigne humorista conquense José Luis Coll (1931-2007), para no únicamente demostrar la negación de tales asertos, sino cómo el humor, además de resultar una herramienta adecuada para la crítica y la reflexión, se convierte en un instrumento idóneo para la captación de la realidad, así como también de catarsis con la que el humorista logra despojarse del sufrimiento que le acarrea una existencia sin sentido.

Palabras clave: filosofía; humor; José Luis Coll; absurdo; catarsis

Decía el actor estadounidense George Burns que «quien nos hace reír es un cómico, pero quien nos hace pensar y luego reír, es un humorista». Con poco que nos internemos en la obra literaria de José Luis Coll colegiremos con bastante inmediatez que, de acuerdo con la tipología señalada por Burns, el humorista conquense debe ser justamente incluido en la segunda de las mencionadas clases.

Este humorista a quien le gustaba presumir diciendo «soy de Cuenca, cosa que muy pocos pueden decir», nació en esta ciudad el 23 de mayo de 1931. Fue ahí donde inició su carrera profesional colaborando en el periódico local *Ofensiva*, así como también en Radio Nacional de España. Con veinticuatro años se trasladó a Madrid, donde comenzó a trabajar como escritor humorista y actor teatral,¹ aunque la popularidad le sobrevendría una vez se uniera al también humorista Luis Sánchez Polack, quienes juntos formaran el dúo *Tip y Coll*, cuyo salto a la televisión a finales de la década de los años 60 del pasado siglo les supuso la gran fama que lograron mantener durante más de veinte años.

Aunque su faceta televisiva sería la que le granjeara sus más grandes éxitos, es a su obra escrita en la que centraré ahora la atención, y aunque en ella no hallemos atisbo de sistema o de teoría filosófica alguna, sí encontraremos abundantes reflexiones, sobre todo de denuncia social, sirviéndose para ello del vehículo humorístico como medio de expresión del que Coll resulta un conductor experto, con el cual logra liberarse de la angustia ocasionada por la realidad que le tocó vivir.

El humor como instrumento de captación de la realidad

En un artículo titulado «El chiste y su teoría», Manuel García Morente realiza un breve análisis sobre la diferencia existente entre lo cómico y el chiste que Freud desarrolla en su obra *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Siguiendo a Freud, afirma el filósofo jienense que

(...) lo cómico se distingue del chiste porque lo cómico se *descubre*, mientras que el chiste se *hace*; o lo que es lo mismo, lo cómico se ve en las personas, situaciones, etc., mientras que el chiste es una elaboración psíquica peculiar. Lo cómico es un espectáculo; el chiste es una formación psíquica (García Morente, 1975: 101; cfr. Freud,

1 Véase: José Luis Coll García | Real Academia de la Historia (rah.es)

1905: 173 y ss.).

Si tenemos esto en cuenta, la frase de Burns que reproducía más arriba resulta ahora especialmente reveladora, porque *cómico* también puede serlo un bebé de pocos meses, al igual que un perro o un gato, y no hay mejores ejemplos que esos vídeos que pueden ser visionados en Internet donde los animales protagonizan escenas que pueden llegar a resultarnos de lo más hilarantes. Ahora bien, pensemos en lo siguiente: ¿los animales, o un bebé, tienen la pretensión de hacernos reír? ¿Son sus comportamientos conscientemente realizados buscando producir en nosotros tal efecto? O, por el contrario, y siguiendo la idea freudiana, ¿es algo que nosotros *descubrimos* en ellos?²

En cambio, si nos referimos al *chiste*, este debe ser entendido como una elaboración psíquica llevada a cabo de forma consciente por el intelecto del sujeto que lo realiza, esto es, del humorista, cuya intención es, en principio, obtener la risa del oyente. El chiste supone necesariamente un dominio del lenguaje que tanto al bebé como al animal les está vedado: al primero de forma circunstancial y al segundo esencialmente, siendo en modo alguno para ambos capaz de plantearse.

A través del lenguaje es como intentamos apoderarnos de la realidad, transformándose en un apéndice con el que procuramos ir más allá de nuestra simple corporalidad. Ahora bien, mucho más ambiciosa es la empresa que el humorista persigue, que lo que pretende es trascender la mera función referencial del lenguaje para jugar con él, desarmándolo y empleándolo en su provecho. Esta es la misma idea que también parece querer expresar Camilo José Cela en el prólogo a *El diccionario de Coll*:

Coll anda de bombín, lo cual no es óbice para que se saque las palabras de la manga como el prestidigitador se saca palomas del sombrero (o el nene zangolotino, lombrices –y hasta percebes– por el trasero), las tuerza, las retuerza, las enguile, les ate el ombligo haciéndoles un lacito al bies y las eche a volar (Cela, 1975: 15).

Coll, como todo humorista, se sirve del lenguaje, pero, al mismo tiempo,

2 De acuerdo con el *Diccionario de la lengua española*, una de las acepciones del concepto «descubrir» es «hallar lo que estaba ignorado o escondido», por lo que quizá no sería aquí del todo correcto hablar de *descubrimiento*, ya que *nada* se halla en tales escenas que se encuentre oculto y que provoque esa reacción en el sujeto, sino que es el espectador quien de alguna forma *lo pone*, a partir de la comprensión que realiza de la situación de la que está siendo partícipe.

lo trasciende, se eleva sobre él, buscando los juegos de palabras y dobles sentidos, persiguiendo que la risa del espectador se manifieste. Empero, no nos confundamos, porque para que esto ocurra, el humorista debe evidenciar una realidad que permanecía oculta y que él mismo desvela, y una vez revelada, la risa no acontece de forma inmediata cual explosión de cohete pirotécnico, sino que precisa de un proceso en el que el sujeto primero comprenda, razone y finalmente reaccione. De esta manera, el chiste no forma parte de una marcha solitaria que comienza y concluye en el emisor, sino que responde a un curso progresivo donde el humorista presenta y desvela, y el espectador descubre y ríe, a partir de la previa reflexión. De ahí que el chiste precise también de la intervención activa del espectador, convirtiéndolo necesariamente en parte fundamental del proceso.

Sin embargo, en el caso de la obra de José Luis Coll, la realidad desvelada no culmina una vez lograda la risa, ya que una vez extinta esta, el espectador regresa a la casilla de salida, prosiguiendo con la cavilación. Es así como afirmo que este insigne conquense no puede ser meramente catalogado como humorista, debiendo admitirse también en él una faceta rigurosamente filosófica, al afanarse en que el espectador prosiga planteándose aquello que se le intentó transmitir a través del chiste.

Prosiguiendo con la argumentación, si acudimos de nuevo al planteamiento de García Morente, afirma este que «el hombre es el único animal que goza de los beneficios intelectuales; por eso es también el único que percibe sus defectos y quiebras y, por tanto, el único que se ríe. Y se ríe de sí mismo» (García Morente, 1975: 104). De esta manera, si el ser humano es el único que goza de los beneficios intelectuales, podemos realizar una apuesta mayor y afirmar que el humorista se encuentra en un nivel superior, pues no solo «goza de los beneficios intelectuales», sino que, además de percibir «sus defectos y quiebras», se erige sobre ellos y les otorga un nuevo sentido que ningún otro animal inteligente es capaz de atisbar por sí mismo, pero que tiene la suficiente capacidad de mostrárselo a aquellos que están ciegos, cual prisionero platónico liberado de sus cadenas que, percibiendo la idea de Bien, se siente en la obligación moral de regresar a la caverna para revelársela a los demás. De esta forma, podemos entender al humorista como revelador de una realidad que está más allá de los ojos cotidianos. Hacer humor significa *hacer ver* lo que está más allá de la simple percepción, constatar una verdad que el resto es incapaz

de percibir por sí solo, y es aquí donde podemos vislumbrar cómo el humor se convierte en instrumento para la captación de la realidad, a partir del cual poder mostrar lo que permanece oculto, haciéndolo así objeto de reflexión y crítica ante una realidad que a Coll, como veremos a continuación, se le antoja sin sentido.

El humor como herramienta de crítica y reflexión

De todas las obras escritas por José Luis Coll, dos son a las que ahora haré especialmente referencia, a saber, *Cosas mías* (1976) y *Pensaciones* (2001). En ambas nuestro humorista pretende ir allende el chiste, demandando nuestra atención para evidenciarnos aquello que le angustia, perteneciente todo ello a una realidad absurda propiciada por los años de posguerra en los que su vida quedó sumida. Veinticinco años distan entre la publicación de una y otra, y aunque es fácil suponer que la composición de *Cosas mías* se llevó a cabo durante los años de dictadura, el contenido de *Pensaciones* no difiere del de la anterior. En cuanto a su estructura, las dos están compuestas por multitud de sentencias que no sobrepasan las dos líneas en la mayoría de los casos, con la excepción de los sesenta y cuatro breves relatos que forman la primera parte de *Cosas mías*. La censura, la pobreza, la guerra, son algunos de los temas de los que se sirve Coll para desvelar una realidad basada en la sinrazón que permanece oculta para los ojos que, o no quieren ver, o que, sin más remedio, se han acostumbrado a la oscuridad.

Coll manifiesta su rotundo convencimiento en la incoherencia de la vida, todo ello ocasionado por la realidad en la que se encuentra inmerso y contra la cual no puede hacer nada, dándonos a entender que la única solución para conseguir sobrellevarla es la resignación. Y es que, aunque paradójicamente el conque se sirva del humor para revelarnos tal sinsentido, tampoco se encuentra en los mencionados libros atisbo alguno de esperanza, puesto que su confianza en el ser humano, el único ser que podría revertir esta terrible situación, es nula, y buen ejemplo de ello es cuando afirma que «en el mundo hay gente maravillosa. Lo que no sé es en qué mundo» (Coll, 2001: 42) o cuando dice que «un niño es un futuro hijo de puta» (Coll, 2001: 143).

Empero, no pensemos que de él mismo tiene una mejor consideración, pues en repetidas ocasiones se utiliza a sí mismo como diana de sus afilados dardos, por ejemplo al declarar que «tengo un enemigo que se llama igual que

yo, nació el mismo día que yo y, para colmo, sus padres y los míos son los mismos» (Coll, 1976: 140). Incluso varias veces muestra su claro disgusto por encontrarse en esta vida, al manifestar que «he venido al mundo. Y ahora, ¿quién me indemniza?» (Coll, 2001: 18).

Aunque pueda resultar increíble, el pesimismo rezuma en cada una de sus páginas, pero Coll no parece reconocerlo al asentir que «no es que yo sea pesimista. Es que me fijo» (Coll, 2001: 35). A pesar de ello, el humorista saca músculo cuando lo que pretende es hacer denuncia social, con el fin de que su lector se apreste a la crítica y la reflexión, utilizando el humor como arma ante la represión, siendo el de la censura uno de los temas estrella que recorren toda su obra, sobre todo aquella que padeció como escritor durante los años de la dictadura, donde el «pensamiedo» (Coll, 1975: 162), que define en su diccionario como «acción de pensar con terror»,³ era el vil protagonista. A continuación reproduciré algunas de estas sentencias como representativas, las cuales considero como ampliamente esclarecedoras:

La prueba de que yo, como escritor, soy libre para decir lo que quiera, es que acabo de decir que soy libre para decir lo que quiera (Coll, 1976: 158).

Yo no tengo derecho a quejarme de nada. Así me lo han notificado (Coll, 1976: 161).

A mí, si me prohíben hablar, me callo. Pero como me dejen hablar, me callo (Coll, 1976: 165).

No tengo inconveniente en decir todo lo que pienso, siempre que me permitan retractarme (Coll, 1976: 167).

Librepensadores somos todos aquellos que pensamos libremente, a solas (Coll, 1976: 169).

No mientas nunca, jamás, bajo ningún pretexto. Di lo que pienses, siempre, en cada momento, ante quien sea. Pero no mientas. Ni engañes aunque te engañen. Que la franqueza sea tu norma. Y que en paz descanses (Coll, 1976: 176).

A todo hombre, por oprimido que viva, le llega un momento en que es libre de hacer

3 La entrada completa es: «PENSAMIEDO. *m.* Acción de pensar con terror. Numerosos pueblos, a lo largo de la Historia, han vivido bajo el pensamiedo».

cuanto se le antoje bajo tierra (Coll, 1976: 184).

Aunque no es de extrañar que todas ellas pertenezcan a su libro *Cosas mías*, aún pueden encontrarse algunos retazos en *Pensaciones*, en el que también es fácil observar la lejanía con la que Coll las compone:

Callar por orden gubernativa se acabó en 1975 (Coll, 2001: 8).

Que nos prohíban hablar es terrible, pero aún es peor que nos obliguen a callar (Coll, 2001: 48).

Callar es un punto de sabiduría, si nadie te obliga (Coll, 2001: 116).

A pesar de todo, hay una frase con la que el conquense parece rematar tal desvarío, sirviéndose de ella cual espada medieval que alzándola blande victorioso: «No hay carcelero que pueda suprimir la libertad. La mente nunca está cautiva» (Coll, 2001: 120).

El humor como catarsis ante el sinsentido

En el prefacio de la *Filosofía del Derecho* dice Hegel que la lechuza de Minerva extiende sus alas al anochecer y eso parece sucederle a Coll cuando, echando la vista atrás, se plantea en sus *Pensaciones* qué papel ha tenido Dios en todo lo que ha vivido. El humorista parte directamente del convencimiento de que Dios no existe pero, al mismo tiempo, da la sensación de que mantiene un diálogo persistente con Él, o, al menos, una interpelación constante exhortándole a que exista, para que así pueda darle alguna razón del sinsentido de la vida y, seguidamente, poder recriminárselo. Y es que al conquense le supone demasiado desasosiego pensar que el mal del mundo se le deba única y exclusivamente al ser humano, por lo que precisa recurrir a Dios para que consiga darle alguna explicación de toda esta sinrazón y responsabilizarle de ello. Así llega a decir que «Dios debería arrepentirse de no existir. Y si existe, debería arrepentirse» (Coll, 2001: 64), o «¡Pobre Dios! ¡De la que se ha librado con no existir!» (Coll, 2001: 107), hasta llega a reprocharle exclamando: «¡Dios mío! ¿Por qué me obligas a ser ateo?» (Coll, 2001: 119).

Tal y como puede inferirse, Coll podría servirse de la divinidad para encontrar un asidero al cual agarrarse y poder bracear en el inmenso absurdo que la vida supone, pero lejos de intentarlo lo rechaza, y con la certeza de

que no es posible ningún tipo de esperanza ante la incongruencia, recurre al humor como tabla de salvación con la cual poder liberarse de esas emociones negativas que le persiguen y que lo dejan exhausto, incapacitado para poder seguir adelante. Ni siquiera la idea del suicidio le reconforta como le ocurría a Cioran, y así lo reconoce cuando declara que «llega un momento en un hombre que ya no puede resistir más. Y ese es precisamente el momento en el que hay que seguir resistiendo» (Coll, 1976: 161). De este modo, el conquesense utiliza el humor como catarsis ante la insensatez, ante el sinsentido del mundo, porque si no existe solución, riámonos entonces de las desdichas. Hasta llega a corregir y reformular el famoso lema orteguiano afirmando que «Ortega debió decir: “Yo soy yo y mi ‘circo-estancia”»» (Coll, 2001: 54), porque eso llega a ser la vida, un circo que acaba por no tener gracia.

Para Coll, la vida sin humor sería una pesada carga, un lastre insoportable de sobrellevar con paciente resignación. De ahí que, ante la desesperanza de lograr enmendar una existencia calamitosa y baldía, qué mejor manera de deshacerse de las desgracias que reírse de ellas, despojándolas de su gravedad, acogotando las emociones nocivas empleando para ello la risa homicida. Es así como el humor se convierte en el compañero idóneo de viaje con el cual poder transitar por tan arduo trayecto en el que se convierte la vida, sin que la desesperación pueda resultar tediosa e incapacitante.

Conclusión

Tal y como creo haber demostrado, la obra de José Luis Coll no puede reducirse a la más que laudable faceta humorística, sino que además lleva implícita una dimensión marcadamente filosófica, con la cual este ilustre *collquense* nos desvela una realidad que permanece oculta para los ojos poco versados, denunciando a través de ella un mundo que se le antoja absurdo, que no puede cambiar y al que resignado debe amoldarse, aconteciendo irremediabilmente en él la angustia. Sin embargo, en el humor se encuentra también la salvación, y aunque la solución que el humorista ofrece quizá resulte poco convincente para algunos, Coll consigue liberarnos de todas esas emociones negativas que a veces nos extenuan e impiden seguir adelante. De ahí que deba concluir esta comunicación rindiendo un justo homenaje a una de las figuras humorísticas más representativas del siglo xx en nuestro país, invitándoles a que conozcan la obra de este ilustre conquesense y puedan así

evadirse, aunque sea por unos instantes, de sus problemas cotidianos, al mismo tiempo que reflexionan sobre las cuestiones que sutilmente nos plantea. Por tanto, es por ello que debo finalizar diciendo que, si las desdichas nos asaltan, tomemos *paracetaColl* y ¡riámonos con ganas!

Referencias bibliográficas

Cela y Trulock, C. J. (1975). Prólogo. En Coll, J. L. *El Diccionario de Coll* (pp. 15-19). Barcelona: Editorial Planeta.

Coll, J. L. (1975). *El Diccionario de Coll*. Barcelona: Editorial Planeta.

- (1976). *Cosas mías* (4ª ed. 2007; Cuenca: Editorial Alfonsópolis). Barcelona: Editorial Planeta.

- (2001). *Pensaciones*. Barcelona: Ediciones B, S.A.

García Morente, M. (1975). *Escritos pedagógicos*. Madrid: Espasa-Calpe.

Freud, Sigmund (1976). «El chiste y su relación con lo inconsciente». En *Obras completas*. Vol. VIII (2ª ed. 1986; 2ª reimpresión 1991). Buenos Aires: Amorrortu. Consultado en: El chiste y su relación con lo inconsciente (1905) (psicopsi.com)